

ANTICATOLICISMO DE MARTI



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA PAZANA

PREFACIO DE LIZASO

A los "Apuntes Históricos" publicados por el
Archivo Nacional, en 1951.



P R E F A C I O

En las horas supremas en que Martí ponía en limpio sus cuentas con la vida, comprendiendo que entraba en un momento decisivo, en que tenía la vida a un lado de su mesa y la muerte al otro, escribió unas cartas que se han considerado como su testamento político una, como su testamento literario otra, y aún hemos señalado la que nos ha parecido como la del corazón. La primera iba dirigida a don Federico Henríquez y Carvajal, la segunda a Gonzalo de Quesada y Aróstegui, y la tercera la escribió a María Mantilla. Esas cartas tienen un valor supremo, por encima de todas las demás, si se exceptúa la carta de despedida a su madre, que pertenece al mismo ciclo final de su existencia.

En la carta a Gonzalo de Quesada concretó una serie de disposiciones por si no volvía y su discípulo insistía en poner juntos sus papeles, como habían hablado antes. Sus indicaciones son precisas. Los materiales están indicados y también los volúmenes que han de formarse con ellos. En ese recuento, Martí fijaba su recuerdo en los trabajos más esenciales a su juicio, quedando sin mención cientos de artículos, llamados necesariamente a ser incluidos en sus obras completas, cuando llegara el momento de tal realización. Pero sus indicaciones fueron terminantes al tratarse de sus papeles y apuntes:

"Ni ordene los papeles, ni saque de ellos literaturas, todo eso está muerto, y no hay ahí nada digno de publicación, en prosa ni en verso; son meras notas".

No obstante tan precisas indicaciones, han aparecido no ya artículos, sino aún volúmenes, compuestos con sus notas y apuntes, y en ningún modo debemos pensar que se haya desoído la voz del maestro, porque se ha hecho de puro amor, y por el vehemente deseo que todos sentimos de dar a conocer hasta la última palabra que salió de su pluma. Sin embargo, no siempre puede decirse que se hace bien publicando cuanto quedó entre sus papeles, porque muchos fueron notas que utilizó más tarde en sus trabajos y pueden fácilmente identificarse en ellos, y en otros casos no los consideró con valor suficiente como para incorporarlos a sus escritos. Pero el caso que más nos hace pensar es aquel que se refiere a sus propios juicios, porque Martí, como todo humano, tuvo sin duda momentos en que concibió ideas que más tarde pudieron ser rectificadas o puestas en duda, y muchas de sus concepciones pudieron variar con el tiempo y con el conocimiento más profundo del hombre y la historia. Todos hemos tenido que explicarnos, en estos últimos momentos precisamente, qué sucedió en el ideario de Enrique José Varona, y lo citamos como ejemplo mayor, al escribir "La hija pródiga", que por un momento pareció eclipsar su franco separatismo. Y hemos hallado fácilmente la explicación, y no hemos puesto en duda ni por un instante la integridad de su carácter y el vigor de su pensamiento. En Martí pudiéramos hallar entre sus papeles apuntes que no debieran publicarse. No porque signifiquen cambios en su posición, sino porque sólo fue-

ron notas, meros apuntes, escritos muchas veces en la primerísima juventud, cuando sentía impetuosamente la indignación de la injusticia y el arrebató de un corazón vehemente.

Entre esas páginas hay algunas que Martí nunca publicó, no obstante tenerlas a la mano, acaso porque su misión de unir a los cubanos en una misma causa y para un mismo ideal, le llevó a suponer que no debía publicarlas. Así, algunas que se refieren al catolicismo, al que hace en ellas objeciones y reparos, cuando no violentos ataques. ¿Por que no las publicó? O fueron notas escritas en los días terribles de la indignación que la injusticia del Presidio le había producido, o pensó que tales ataques al culto católico podía restarle adeptos a la prédica separatista que desde esa primera juventud se impuso. Nosotros nos inclinamos a creer que tales notas fueron explosiones de aquella alma herida que le tomaba cuenta a Dios de lo que consideraba su indiferencia ante la maldad enseñoreada y triunfante.

Martí, bien se sabe, tuvo el don de acercar a los hombres. Podemos decir que fué ése uno de sus grandes dones, mediante el cual hizo posible atraer a un credo de libertad, de justicia y de dignidad a los mismos que dudaban de él y de las posibilidades de Cuba para su independencia. Hizo el milagro con una gran palabra: juntar. Juntarse por la comprensión y el amor, por la fe en una república cordial y amorosa, que ofrecía una vida nueva, feliz y libre. Si hubiera tratado problemas de raza o de religión, lejos de juntar, hubiera separado más a los hombres a los que se dirigía. Y nosotros nos hemos hecho más de una vez esta pregunta, y la hemos hecho a otros

martianos:

Si Martí realizó en vida el milagro de juntar a los cubanos para una obra en común de salvación, ¿debemos nosotros, usando papeles que él dejó siempre olvidados, utilizarlos para separar a los cubanos? De antemano debemos condenar cuanto se haga para separar a cualquier cubano de la fraternidad del propio Martí, del culto que ya se extiende más y más, en todos los sectores de la vida pública.

Con intención marcada se han esgrimido papeles que Martí escribió, pero que nunca publicó, para combatir doctrinas religiosas. No creemos que Martí hubiera sancionado tal procedimiento, que tiene, entre otras cosas censurables, el de usar, sin su autorización y, por el contrario, contra su expresa voluntad, escritos condenados por él a olvido absoluto. No se ha hecho así, pero por suerte todos nos hemos dado cuenta de que lo predominante en Martí es su gran obra creadora de valores morales y espirituales, y no sus aisladas condenatorias que por aquí y por allá hayan aparecido. Lo que publicó o autorizó publicar dice su mejor pensamiento, su total mensaje, y poco añadimos a su gloria cuando nos hemos dado a publicar cualquier cosa que empañe aquella veneración que todos debemos sentir por su memoria, y que debemos mantener si queremos que sea, como es ya, la gran figura de unidad. De modo que su obra fué realizada plenamente porque supo juntar, y él debe seguir siendo, para que no se cambie el signo, el punto de unión de todos nuestros esfuerzos y pensamientos.

Las páginas de El Presidio Político pueden considerarse un resumen de sus sentimientos tras la dura experiencia de la in-

justicia que lo condenó. Allí palpita un dolor profundamente humano y también profundamente religioso. Con un sentido de la religión que es una duda, una interrogación, llama a capítulo a la misma imparcialidad de Dios. Son tantos y tan monstruosos los crímenes que ha visto, que en ese poema saltan las imprecaciones de quien no comprende cómo puede existir tanta maldad y escudarse en nombre de la nacionalidad y en nombre de la religión también. No hay que olvidar que ese poema se publicó cuando tenía diez y ocho años, y debió haberse escrito, o por lo menos pensado, desde la misma época de su prisión, es decir, dos años antes. Es un grito de rebeldía incontenible, de protesta contra un régimen de dolor, vergüenza y sangre. Martí no puede compaginar la existencia de un tal sistema de crímenes con la idea del Dios misericordioso. Por eso dirá:

"Si existiera el Dios providente, y lo hubiera visto, con la una mano se habría cubierto el rostro, y con la otra habría hecho rodar al abismo aquella negación de Dios. Dios existe, sin embargo, en la idea del bien, que vela el nacimiento de cada ser, y deja en el alma que se encarna en él una lágrima pura. El bien es Dios. La lágrima es la fuente de sentimiento eterno".

"Dios existe, y yo vengo en su nombre a romper en las almas españolas el vaso frío que encierra en ellas la lágrima".

En ese tono escribe ese gran poema del dolor cubano, que brota de su corazón herido cuando apenas ha entrado en la soledad. Pone a vibrar los sentimientos más íntimos, los más lastimeros sonos de la dignidad avergonzada, de la dignidad herida. Las ideas más altas y grandiosas se retuercen en su ser y

en su pluma, y a veces alcanzan tonos apocalípticos.

Era el 5 de abril de 1870. Unos meses antes había cumplido diez y siete años, y ya sus ojos contemplaban los horrores del presidio político.

"Presidio, Dios: ideas para mí tan cercanas como el inmenso sufrimiento y el eterno bien. Sufrir es quizá gozar. Sufrir es morir para la torpe vida por nosotros creada, y nacer para la vida de lo bueno, única vida verdadera".

Como se ve, pensamientos grandilocuentes le brotan de la mente enfebrecida cuando traslada al papel aquellos recuerdos bullentes del presidio, que le llevan a decir:

"Dante no estuvo nunca en presidio. Si hubiera sentido desplomarse sobre su cerebro las bóvedas obscuras de aquel tormento de la vida, hubiera desistido de pintar su Infierno. Las hubiera copiado, y lo hubiera pintado mejor".

Pues bien: muchas de las ideas que Martí utiliza cuando escribe El Presidio Político, habían conmovido sus creencias religiosas, que no debían estar muy arraigadas. Y cuando hemos tenido a la vista los cuadernos de sus años de estudiante, donde junto a las notas de clase hallamos pensamientos del más diverso orden, desde los relativos a la religión y a Dios hasta las conjugaciones griegas, salta aquí y allá la evidencia de que esos pensamientos estaban ya en sus apuntes, es decir, que de estos sacó muchas de las ideas que después integraron su libro.

Cuanto hemos dicho es, en cierto modo, una explicación previa a la idea de publicar en volumen el contenido de dos cuader-

nos de apuntes que acompañaron a Martí desde su primera llegada a España, como deportado político, en 1871, en los que recogió notas de clases y apuntes de su propia creación de poeta y de escritor, cuando apenas comenzaban a madurar sus ideas. Tienen esos apuntes el carácter de tales, es decir, de notas para posteriores trabajos.

También aparecen en estas páginas algunos poemas, como el ya conocido que dedicó a su madre, en diciembre de 1871, hallándose enfermo en una habitación de la casa de huéspedes de Madrid en que vivía. Este y otros trabajos fechados y firmados, precisan que los escribió durante su estancia en España y durante la época en que realizaba sus estudios de filosofía y letras. Y precisamente por esas notas podemos apreciar que realizó estudios de lenguas clásicas, entre ellas hebreo y griego. Hay muchas páginas dedicadas a los ejercicios de esta lengua, y también algunas traducciones al español, que tienen el propio carácter de ejercicios. En otra época, cuando se conocía menos la vida de Martí, era frecuente asombrarse de su saber en tan pocos y agitados años. Hoy sabemos mucho más y estos apuntes confirman sus estudios de filosofía.

En una página de estos olvidados cuadernos hay inclusive un programa de materias y posiblemente de exámenes, que es bien revelador. No cabe duda que Martí realizó estudios serios en materias filosóficas. Y aunque muchos de los apuntes pudieran ser meros extractos de libros o de las lecciones de sus maestros, hay también sin duda notas personales. Naturalmente que tales notas merecerán estudio más concienzudo y esclarecedor. Nosotros apenas nos limitamos a ofrecer su transcripción con

la mayor fidelidad que ha sido posible. Una labor acaso útil sería determinar qué notas o fragmentos fueron utilizados por Martí en sus obras posteriores. Acaso hallaríamos que, por lo menos, hay una cierta relación entre muchas notas del primero de los cuadernos, que es el más personal, y las páginas de El Presidio Político. Hay, por lo menos, una resonancia de todo el sufrimiento pasado y de la rebeldía de su espíritu ante Dios y los hombres. Y en el problema que se nos plantea nos parece claro que Martí era un espíritu profundamente religioso, pero herido en esa religiosidad por las prácticas oficiales de esa misma religión, pues no hay que olvidar cómo la iglesia católica servía los intereses del despotismo colonial. Hay, a nuestro modo de ver, un conflicto en su espíritu, de ningún modo sereno en esas horas - o digamos años - de pesadilla, tras la trágica experiencia de las canteras.

Terminamos insistiendo en nuestra convicción ya arraigada: nada nuevo que pueda publicarse cambiará la idea que de Martí nos hemos formado, la idea que se levanta y afirma sobre su enorme obra escrita y publicada. Sin embargo, las páginas que esta publicación ofrece sí pueden resultar valiosas para fijar mejor la evolución de su pensamiento y las raíces de su cultura. Este será el mayor servicio que, publicándolas, realiza el Archivo Nacional de Cuba.

Félix Lizaso.

Publicaciones del Archivo Nacional de Cuba, XXX, José Martí.
Apuntes inéditos, La Habana, 1951, p. VII-XII.

P R E F A C I O

En las horas supremas en que Martí ponía en limpio sus cuentas con la vida, comprendiendo que entraba en un momento decisivo, en que tenía la vida a un lado de su mesa y la muerte al otro, escribió unas cartas que se han considerado como su testamento político una, como su testamento literario otra, y aún hemos señalado la que nos ha parecido como la del corazón. La primera iba dirigida a don Federico Henríquez y Carvajal, la segunda a Gonzalo de Quesada y Aróstegui, y la tercera la escribió a María Mantilla. Esas cartas tienen un valor supremo, por encima de todas las demás, si se exceptúa la carta de despedida a su madre, que pertenece al mismo ciclo final de su existencia.

En la carta a Gonzalo de Quesada concretó una serie de disposiciones por si no volvía y su discípulo insistía en poner juntos sus papeles, como habían hablado antes. Sus indicaciones son precisas. Los materiales están indicados y también los volúmenes que han de formarse con ellos. En ese recuento, Martí fijaba su recuerdo en los trabajos más esenciales a su juicio, quedando sin mención cientos de artículos, llamados necesariamente a ser incluidos en sus obras completas, cuando llegara el momento de tal realización. Pero sus indicaciones fueron terminantes al tratarse de sus papeles y apuntes:

"Ni ordene los papeles, ni saque de ellos literaturas, todo eso está muerto, y no hay ahí nada digno de publicación, en prosa ni en verso; son meras notas".

No obstante tan precisas indicaciones, han aparecido no ya artículos, sino aún volúmenes, compuestos con sus notas y apuntes, y en ningún modo debemos pensar que se haya desoído la voz del maestro, porque se ha hecho de puro amor, y por el vehemente deseo que todos sentimos de dar a conocer hasta la última palabra que salió de su pluma. Sin embargo, no siempre puede decirse que se hace bien publicando cuanto quedó entre sus papeles, porque muchos fueron notas que utilizó más tarde en sus trabajos y pueden fácilmente identificarse en ellos, y en otros casos no los consideré con valor suficiente como para incorporarlos a sus escritos. Pero el caso que más nos hace pensar es aquel que se refiere a sus propios juicios, porque Martí, como todo humano, tuvo sin duda momentos en que concibió ideas que más tarde pudieron ser rectificadas o puestas en duda, y muchas de sus concepciones pudieron variar con el tiempo y con el conocimiento más profundo del hombre y la historia. Todos hemos tenido que explicarnos, en estos últimos momentos precisamente, qué sucedió en el ideario de Enrique José Varona, y lo citamos como ejemplo mayor, al escribir "La hija pródiga", que por un momento pareció eclipsar su franco separatismo. Y hemos hallado fácilmente la explicación, y no hemos puesto en duda ni por un instante la integridad de su carácter y el vigor de su pensamiento. En Martí pudiéramos hallar entre sus papeles apuntes que no debieran publicarse. No porque signifiquen cambios en su posición, sino porque sólo fue-

ron notas, meros apuntes, escritos muchas veces en la primerísima juventud, cuando sentía impetuosamente la indignación de la injusticia y el arrebató de un corazón vehemente.

Entre esas páginas hay algunas que Martí nunca publicó, no obstante tenerlas a la mano, acaso porque su misión de unir a los cubanos en una misma causa y para un mismo ideal, le llevó a suponer que no debía publicarlas. Así, algunas que se refieren al catolicismo, al que hace en ellas objeciones y reparos, cuando no violentos ataques. ¿Por que no las publicó? O fueron notas escritas en los días terribles de la indignación que la injusticia del Presidio le había producido, o pensó que tales ataques al culto católico podía restarle adeptos a la prédica separatista que desde esa primera juventud se impuso. Nosotros inclinamos a creer que tales notas fueron explosiones de aquella alma herida que le tomaba cuenta a Dios de lo que consideraba su indiferencia ante la maldad enseñoreada y triunfante.

Martí, bien se sabe, tuvo el don de acercar a los hombres. Podemos decir que fué ése uno de sus grandes dones, mediante el cual hizo posible atraer a un credo de libertad, de justicia y de dignidad a los mismos que dudaban de él y de las posibilidades de Cuba para su independencia. Hizo el milagro con una gran palabra: juntar. Juntarse por la comprensión y el amor, por la fe en una república cordial y amorosa, que ofrecía una vida nueva, feliz y libre. Si hubiera tratado problemas de raza o de religión, lejos de juntar, hubiera separado más a los hombres a los que se dirigía. Y nosotros nos hemos hecho más de una vez esta pregunta, y la hemos hecho a otros

martianos:

Si Martí realizó en vida el milagro de juntar a los cubanos para una obra en común de salvación, ¿debemos nosotros, usando papeles que él dejó siempre olvidados, utilizarlos para separar a los cubanos? De antemano debemos condenar cuanto se haga para separar a cualquier cubano de la fraternidad del propio Martí, del culto que ya se extiende más y más, en todos los sectores de la vida pública.

Con intención marcada se han esgrimido papeles que Martí escribió, pero que nunca publicó, para combatir doctrinas religiosas. No creemos que Martí hubiera sancionado tal procedimiento, que tiene, entre otras cosas censurables, el de usar, sin su autorización y, por el contrario, contra su expresa voluntad, escritos condenados por él a olvido absoluto. No se ha hecho así, pero por suerte todos nos hemos dado cuenta de que lo predominante en Martí es su gran obra creadora de valores morales y espirituales, y no sus aisladas condenatorias que por aquí y por allá hayan aparecido. Lo que publicó o autorizó publicar dice su mejor pensamiento, su total mensaje, y poco añadimos a su gloria cuando nos hemos dado a publicar cualquier cosa que empañe aquella veneración que todos debemos sentir por su memoria, y que debemos mantener si queremos que sea, como es ya, la gran figura de unidad. De modo que su obra fue realizada plenamente porque supo juntar, y él debe seguir siendo, para que no se cambie el signo, el punto de unión de todos nuestros esfuerzos y pensamientos.

Las páginas de El Presidio Político pueden considerarse un resumen de sus sentimientos tras la dura experiencia de la in-

justicia que lo condenó. Allí palpita un dolor profundamente humano y también profundamente religioso. Con un sentido de la religión que es una duda, una interrogación, llama a capítulo a la misma imparcialidad de Dios. Son tantos y tan monstruosos los crímenes que ha visto, que en ese poema saltan las imprecaciones de quien no comprende cómo puede existir tanta maldad y escudarse en nombre de la nacionalidad y en nombre de la religión también. No hay que olvidar que ese poema se publicó cuando tenía diez y ocho años, y debió haberse escrito, o por lo menos pensado, desde la misma época de su prisión, es decir, dos años antes. Es un grito de rebeldía incontenible, de protesta contra un régimen de dolor, vergüenza y sangre. Martí no puede compaginar la existencia de un tal sistema de crímenes con la idea del Dios misericordioso. Por eso dirá:

"Si existiera el Dios providente, y lo hubiera visto, con la una mano se habría cubierto el rostro, y con la otra habría hecho rodar al abismo aquella negación de Dios. Dios existe, sin embargo, en la idea del bien, que vela el nacimiento de cada ser, y deja en el alma que se encarna en él una lágrima pura. El bien es Dios. La lágrima es la fuente de sentimiento eterno".

"Dios existe, y yo vengo en su nombre a romper en las almas españolas el vaso frío que encierra en ellas la lágrima".

En ese tono escribe ese gran poema del dolor cubano, que brota de su corazón herido cuando apenas ha entrado en la soledad. Pone a vibrar los sentimientos más íntimos, los más lastimeros sonos de la dignidad avergonzada, de la dignidad herida. Las ideas más altas y grandiosas se retuercen en su ser y

en su pluma, y a veces alcanzan tonos apocalípticos.

Era el 5 de abril de 1870. Unos meses antes había cumplido diez y siete años, y ya sus ojos contemplaban los horrores del presidio político.

"Presidio, Dios: ideas para mí tan cercanas como el inmenso sufrimiento y el eterno bien. Sufrir es quizá gozar. Sufrir es morir para la torpe vida por nosotros creada, y nacer para la vida de lo bueno, única vida verdadera".

Como se ve, pensamientos grandilocuentes le brotan de la mente enfebrecida cuando trasladada al papel aquellos recuerdos bullentes del presidio, que le llevan a decir:

"Dante no estuvo nunca en presidio. Si hubiera sentido desplegarse sobre su cerebro las bóvedas obscuras de aquel tormento de la vida, hubiera desistido de pintar su Infierno. Las hubiera copiado, y lo hubiera pintado mejor".

Pues bien: muchas de las ideas que Martí utiliza cuando escribe El Presidio Político, habían conmovido sus creencias religiosas, que no debían estar muy arraigadas. Y cuando hemos tenido a la vista los cuadernos de sus años de estudiante, donde junto a las notas de clase hallamos pensamientos del más diverso orden, desde los relativos a la religión y a Dios hasta las conjugaciones griegas, salta aquí y allá la evidencia de que esos pensamientos estaban ya en sus apuntes, es decir, que de estos sacó muchas de las ideas que después integraron su libro.

Cuanto hemos dicho es, en cierto modo, una explicación previa a la idea de publicar en volumen el contenido de dos cuader-

nos de apuntes que acompañaron a Martí desde su primera llegada a España, como deportado político, en 1871, en los que recogió notas de clases y apuntes de su propia creación de poeta y de escritor, cuando apenas comenzaban a madurar sus ideas. Tienen esos apuntes el carácter de tales, es decir, de notas para posteriores trabajos.

También aparecen en estas páginas algunos poemas, como el ya conocido que dedicó a su madre, en diciembre de 1871, hallándose enfermo en una habitación de la casa de huéspedes de Madrid en que vivía. Este y otros trabajos fechados y firmados, precisan que los escribió durante su estancia en España y durante la época en que realizaba sus estudios de filosofía y letras. Y precisamente por esas notas podemos apreciar que realizó estudios de lenguas clásicas, entre ellas hebreo y griego. Hay muchas páginas dedicadas a los ejercicios de esta lengua, y también algunas traducciones al español, que tienen el propio carácter de ejercicios. En otra época, cuando se conocía menos la vida de Martí, era frecuente asombrarse de su saber en tan pocos y agitados años. Hoy sabemos mucho más y estos apuntes confirman sus estudios de filosofía.

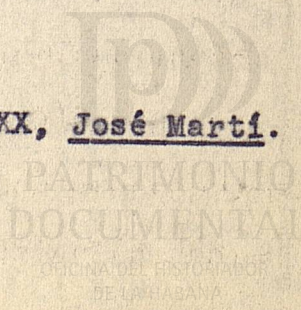
En una página de estos olvidados cuadernos hay inclusive un programa de materias y posiblemente de exámenes, que es bien revelador. No cabe duda que Martí realizó estudios serios en materias filosóficas. Y aunque muchos de los apuntes pudieran ser meros extractos de libros o de las lecciones de sus maestros, hay también sin duda notas personales. Naturalmente que tales notas merecerán estudio más concienzudo y esclarecedor. Nosotros apenas nos limitamos a ofrecer su transcripción con

la mayor fidelidad que ha sido posible. Una labor acaso útil sería determinar qué notas o fragmentos fueron utilizados por Martí en sus obras posteriores. Acaso hallaríamos que, por lo menos, hay una cierta relación entre muchas notas del primero de los cuadernos, que es el más personal, y las páginas de El Presidio Político. Hay, por lo menos, una resonancia de todo el sufrimiento pasado y de la rebeldía de su espíritu ante Dios y los hombres. Y en el problema que se nos plantea nos parece claro que Martí era un espíritu profundamente religioso, pero herido en esa religiosidad por las prácticas oficiales de esa misma religión, pues no hay que olvidar cómo la iglesia católica servía los intereses del despotismo colonial. Hay, a nuestro modo de ver, un conflicto en su espíritu, de ningún modo sereno en esas horas - o digamos años - de pesadilla, tras la trágica experiencia de las canteras.

Terminamos insistiendo en nuestra convicción ya arraigada: nada nuevo que pueda publicarse cambiará la idea que de Martí nos hemos formado, la idea que se levanta y afirma sobre su enorme obra escrita y publicada. Sin embargo, las páginas que esta publicación ofrece sí pueden resultar valiosas para fijar mejor la evolución de su pensamiento y las raíces de su cultura. Este será el mayor servicio que, publicándolas, realiza el Archivo Nacional de Cuba.

Félix Lizaso.

Publicaciones del Archivo Nacional de Cuba, XXX, José Martí. Apuntes inéditos, La Habana, 1951, p. VII-XII.



P R E F A C I O

En las horas supremas en que Martí ponía en limpio sus cuentas con la vida, comprendiendo que entraba en un momento decisivo, en que tenía la vida a un lado de su mesa y la muerte al otro, escribió unas cartas que se han considerado como su testamento político una, como su testamento literario otra, y aún hemos señalado la que nos ha parecido como la del corazón. La primera iba dirigida a don Federico Henríquez y Carvajal, la segunda a Gonzalo de Quesada y Aróstegui, y la tercera la escribió a María Mantilla. Esas cartas tienen un valor supremo, por encima de todas las demás, si se exceptúa la carta de despedida a su madre, que pertenece al mismo ciclo final de su existencia.

En la carta a Gonzalo de Quesada concretó una serie de disposiciones por si no volvía y su discípulo insistía en poner juntos sus papeles, como habían hablado antes. Sus indicaciones son precisas. Los materiales están indicados y también los volúmenes que han de formarse con ellos. En ese recuento, Martí fijaba su recuerdo en los trabajos más esenciales a su juicio, quedando sin mención cientos de artículos, llamados necesariamente a ser incluidos en sus obras completas, cuando llegara el momento de tal realización. Pero sus indicaciones fueron terminantes al tratarse de sus papeles y apuntes:

"Ni ordene los papeles, ni saque de ellos literaturas, todo eso está muerto, y no hay ahí nada digno de publicación, en prosa ni en verso; son meras notas".

No obstante tan precisas indicaciones, han aparecido no ya artículos, sino aún volúmenes, compuestos con sus notas y apuntes, y en ningún modo debemos pensar que se haya desoído la voz del maestro, porque se ha hecho de puro amor, y por el vehemente deseo que todos sentimos de dar a conocer hasta la última palabra que salió de su pluma. Sin embargo, no siempre puede decirse que se hace bien publicando cuanto quedó entre sus papeles, porque muchos fueron notas que utilizó más tarde en sus trabajos y pueden fácilmente identificarse en ellos, y en otros casos no los consideró con valor suficiente como para incorporarlos a sus escritos. Pero el caso que más nos hace pensar es aquel que se refiere a sus propios juicios, porque Martí, como todo humano, tuvo sin duda momentos en que concibió ideas que más tarde pudieron ser rectificadas o puestas en duda, y muchas de sus concepciones pudieron variar con el tiempo y con el conocimiento más profundo del hombre y la historia. Todos hemos tenido que explicarnos, en estos últimos momentos precisamente, qué sucedió en el ideario de Enrique José Varona, y lo citamos como ejemplo mayor, al escribir "La hija pródiga", que por un momento pareció eclipsar su franco separatismo. Y hemos hallado fácilmente la explicación, y no hemos puesto en duda ni por un instante la integridad de su carácter y el vigor de su pensamiento. En Martí pudiéramos hallar entre sus papeles apuntes que no debieran publicarse. No porque signifiquen cambios en su posición, sino porque sólo fue-

ron notas, meros apuntes, escritos muchas veces en la primerísima juventud, cuando sentía impetuosamente la indignación de la injusticia y el arrebató de un corazón vehemente.

Entre esas páginas hay algunas que Martí nunca publicó, no obstante tenerlas a la mano, acaso porque su misión de unir a los cubanos en una misma causa y para un mismo ideal, le llevó a suponer que no debía publicarlas. Así, algunas que se refieren al catolicismo, al que hace en ellas objeciones y reparos, cuando no violentos ataques. ¿Por que no las publicó? O fueron notas escritas en los días terribles de la indignación que la injusticia del Presidio le había producido, o pensó que tales ataques al culto católico podía restarle adeptos a la prédica separatista que desde esa primera juventud se impuso. Nosotros nos inclinamos a creer que tales notas fueron explosiones de aquella alma herida que le tomaba cuenta a Dios de lo que consideraba su indiferencia ante la maldad enseñoreada y triunfante.

Martí, bien se sabe, tuvo el don de acercar a los hombres. Podemos decir que fué ése uno de sus grandes dones, mediante el cual hizo posible atraer a un credo de libertad, de justicia y de dignidad a los mismos que dudaban de él y de las posibilidades de Cuba para su independencia. Hizo el milagro con una gran palabra: juntar. Juntarse por la comprensión y el amor, por la fe en una república cordial y amorosa, que ofrecía una vida nueva, feliz y libre. Si hubiera tratado problemas de raza o de religión, lejos de juntar, hubiera separado más a los hombres a los que se dirigía. Y nosotros nos hemos hecho más de una vez esta pregunta, y la hemos hecho a otros

martianos:

Si Martí realizó en vida el milagro de juntar a los cubanos para una obra en común de salvación, ¿debemos nosotros, usando papeles que él dejó siempre olvidados, utilizarlos para separar a los cubanos? De antemano debemos condenar cuanto se haga para separar a cualquier cubano de la fraternidad del propio Martí, del culto que ya se extiende más y más, en todos los sectores de la vida pública.

Con intención marcada se han esgrimido papeles que Martí escribió, pero que nunca publicó, para combatir doctrinas religiosas. No creemos que Martí hubiera sancionado tal procedimiento, que tiene, entre otras cosas censurables, el de usar, sin su autorización y, por el contrario, contra su expresa voluntad, escritos condenados por él a olvido absoluto. No se ha hecho así, pero por suerte todos nos hemos dado cuenta de que lo predominante en Martí es su gran obra creadora de valores morales y espirituales, y no sus aisladas condenatorias que por aquí y por allá hayan aparecido. Lo que publicó o autorizó publicar dice su mejor pensamiento, su total mensaje, y poco añadimos a su gloria cuando nos hemos dado a publicar cualquier cosa que empañe aquella veneración que todos debemos sentir por su memoria, y que debemos mantener si queremos que sea, como es ya, la gran figura de unidad. De modo que su obra fue realizada plenamente porque supo juntar, y él debe seguir siendo, para que no se cambie el signo, el punto de unión de todos nuestros esfuerzos y pensamientos.

Las páginas de El Presidio Político pueden considerarse un resumen de sus sentimientos tras la dura experiencia de la in-

justicia que lo condenó. Allí palpita un dolor profundamente humano y también profundamente religioso. Con un sentido de la religión que es una duda, una interrogación, llama a capitular a la misma imparcialidad de Dios. Son tantos y tan monstruosos los crímenes que ha visto, que en ese poema saltan las imprecaciones de quien no comprende cómo puede existir tanta maldad y escudarse en nombre de la nacionalidad y en nombre de la religión también. No hay que olvidar que ese poema se publicó cuando tenía diez y ocho años, y debió haberse escrito, o por lo menos pensado, desde la misma época de su prisión, es decir, dos años antes. Es un grito de rebeldía incontenible, de protesta contra un régimen de dolor, vergüenza y sangre. Martí no puede compaginar la existencia de un tal sistema de crímenes con la idea del Dios misericordioso. Por ese dirá:

"Si existiera el Dios providente, y lo hubiera visto, con la una mano se habría cubierto el rostro, y con la otra habría hecho rodar al abismo aquella negación de Dios. Dios existe, sin embargo, en la idea del bien, que vela el nacimiento de cada ser, y deja en el alma que se encarna en él una lágrima pura. El bien es Dios. La lágrima es la fuente de sentimiento eterno".

"Dios existe, y yo vengo en su nombre a romper en las almas españolas el vaso frío que encierra en ellas la lágrima".

En ese tono escribe ese gran poema del dolor cubano, que brota de su corazón herido cuando apenas ha entrado en la soledad. Pone a vibrar los sentimientos más íntimos, los más lastimeros sonos de la dignidad avergonzada, de la dignidad herida. Las ideas más altas y grandiosas se retuercen en su ser y

en su pluma, y a veces alcanzan tonos apocalípticos.

Era el 5 de abril de 1870. Unos meses antes había cumplido diez y siete años, y ya sus ojos contemplaban los horrores del presidio político.

"Presidio, Dios: ideas para mí tan cercanas como el inmenso sufrimiento y el eterno bien. Sufrir es quizá gozar. Sufrir es morir para la torpe vida por nosotros creada, y nacer para la vida de lo bueno, única vida verdadera".

Como se ve, pensamientos grandilocuentes le brotan de la mente enfebrecida cuando traslada al papel aquellos recuerdos bullentes del presidio, que le llevan a decir:

"Dante no estuvo nunca en presidio. Si hubiera sentido desplomarse sobre su cerebro las bóvedas oscuras de aquel tormento de la vida, hubiera desistido de pintar su Infierno. Las hubiera copiado, y lo hubiera pintado mejor".

Pues bien: muchas de las ideas que Martí utiliza cuando escribe El Presidio Político, habían conmovido sus creencias religiosas, que no debían estar muy arraigadas. Y cuando hemos tenido a la vista los cuadernos de sus años de estudiante, donde junto a las notas de clase hallamos pensamientos del más diverso orden, desde los relativos a la religión y a Dios hasta las conjugaciones griegas, salta aquí y allá la evidencia de que esos pensamientos estaban ya en sus apuntes, es decir, que de estos sacó muchas de las ideas que después integraron su libro.

Cuanto hemos dicho es, en cierto modo, una explicación previa a la idea de publicar en volumen el contenido de dos cuader-

nos de apuntes que acompañaron a Martí desde su primera llegada a España, como deportado político, en 1871, en los que recogió notas de clases y apuntes de su propia creación de poeta y de escritor, cuando apenas comenzaban a madurar sus ideas. Tienen esos apuntes el carácter de tales, es decir, de notas para posteriores trabajos.

También aparecen en estas páginas algunos poemas, como el ya conocido que dedicó a su madre, en diciembre de 1871, hallándose enfermo en una habitación de la casa de huéspedes de Madrid en que vivía. Este y otros trabajos fechados y firmados, precisan que los escribió durante su estancia en España y durante la época en que realizaba sus estudios de filosofía y letras. Y precisamente por esas notas podemos apreciar que realizó estudios de lenguas clásicas, entre ellas hebreo y griego. Hay muchas páginas dedicadas a los ejercicios de esta lengua, y también algunas traducciones al español, que tienen el propio carácter de ejercicios. En otra época, cuando se conocía menos la vida de Martí, era frecuente asombrarse de su saber en tan pocos y agitados años. Hoy sabemos mucho más y estos apuntes confirman sus estudios de filosofía.

En una página de estos olvidados cuadernos hay inclusive un programa de materias y posiblemente de exámenes, que es bien revelador. No cabe duda que Martí realizó estudios serios en materias filosóficas. Y aunque muchos de los apuntes pudieran ser meros extractos de libros o de las lecciones de sus maestros, hay también sin duda notas personales. Naturalmente que tales notas merecerán estudio más concienzudo y esclarecedor. Nosotros apenas nos limitamos a ofrecer su transcripción con

la mayor fidelidad que ha sido posible. Una labor acaso útil sería determinar qué notas o fragmentos fueron utilizados por Martí en sus obras posteriores. Acaso hallaríamos que, por lo menos, hay una cierta relación entre muchas notas del primero de los cuadernos, que es el más personal, y las páginas de El Presidio Político. Hay, por lo menos, una resonancia de todo el sufrimiento pasado y de la rebeldía de su espíritu ante Dios y los hombres. Y en el problema que se nos plantea nos parece claro que Martí era un espíritu profundamente religioso, pero herido en esa religiosidad por las prácticas oficiales de esa misma religión, pues no hay que olvidar cómo la iglesia católica servía los intereses del despotismo colonial. Hay, a nuestro modo de ver, un conflicto en su espíritu, de ningún modo sereno en esas horas - o digamos años - de pesadilla, tras la trágica experiencia de las canteras.

Terminamos insistiendo en nuestra convicción ya arraigada: nada nuevo que pueda publicarse cambiará la idea que de Martí nos hemos formado, la idea que se levanta y afirma sobre su enorme obra escrita y publicada. Sin embargo, las páginas que esta publicación ofrece sí pueden resultar valiosas para fijar mejor la evolución de su pensamiento y las raíces de su cultura. Este será el mayor servicio que, publicándolas, realiza el Archivo Nacional de Cuba.

Félix Lizaso.

Publicaciones del Archivo Nacional de Cuba, XXX, José Martí.
Apuntes inéditos, La Habana, 1951, p. VII-XII.

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA